

De cortarle unos Mozos las orejas,
 Despreciando sus ayes lastimeros.

Creyó perder muchísimo el Alano;
 Hasta que vió evidente con el tiempo,
 Lo que ganado había, porque él era
 Por su naturaleza pendenciero,
 Y hubiera vuelto á casa muchas veces
 Estropeado con media oreja menos.

Prestar la menor parte que podamos
 A la maledicencia, es lo mas cuerdo:

A un flanco se le busca la defensa,
 Mas defender á muchos es empeño.

El Alano lo diga, que llevando
 Su gran collar de puntas, y teniendo
 Bien á raíz cercenadas las orejas,
 No prestaba á los Lobos asidero.

Y nos comportamos en aquel momento

FABULA X.

EL PASTOR Y EL REY.

Dos afectos se reparten
 Á su gusto nuestra vida,
 Y arrojan á la razon
 De su imperio. — Sacrifica
 Todo corazon humano
 En sus aras. No se libra
 Ninguno. Si apeteceis
 Que su estado y nombre diga,
 Sabed: que uno es el amor,
 Y otro la ambicion. — Domina
 Esta última mucho mas,
 Pues entra hasta en las caricias
 Del amor. — Lo haré evidente
 Con una novela antigua
 De allá del tiempo de entonces.
 Vió un Monarca que cubría
 Cierta manada los campos,

Y que estaba muy lucida,
 Debiéndose á los cuidados
 Del Pastor, y á su pericia,
 Que sumas considerables
 Rindiese su lana fina.
 Agradó mucho al Monarca
 La aplicacion conocida
 Del Pastor. — “Muy bien mereces
 (Le dixo) que yo te elija
 Pastor de hombres; abandona
 Tus Corderos, y camina
 Conmigo á mandar las gentes.
 Te hago desde esta hora misma
 Juez árbitro y soberano
 De sus causas y rencillas.”
 He aquí á mi Pastor con la
 Balanza de la Justicia
 En la mano, (aunque otro trato
 Tenido jamás había
 Que el de un Ermitaño, el Perro

De su manada querida,
 Y los Lobos del contorno.)
 Pero, no ostante, tenía
 Un buen juicio: lo demás
 El tiempo lo facilita.
 Finalmente, en el estado
 Se puso que convenía
 Para gobernar humanos.
 Vino á verle el Ermita
 Una vez, y así le habló:
 “¿Es, por ventura, mentira
 Que sueño? ¡Tú favorito!
 ¡Tú hombre grande! . . . Desconfía
 De los Reyes: sus favores
 Son efimeros, y abrigan
 Amarguras: cuestan caros:
 Tan solo ilustres desdichas
 Producen: tú no conoces
 Que los halagos que brindan,
 Son venenos: teme siempre:

Esto mi amistad te avisa,
 De escuchar al Ermitaño
 El Privado se reía;
 Pero éste continuó
 Diciéndole: "amigo, mira
 Como has perdido en la corte
 La prudencia que tenías.
 Me parece que estoy viendo
 Al ciego, que cierto día
 En el camino se halló
 Á una Serpiente aterida
 De los frios: juzgó que era
 Una vara; y como había
 Por casualidad perdido
 La que en su cinto merida
 Llevaba; celebró mucho
 El hallazgo. — Usando iba
 De su vara nueva. — Pasa
 Un caminante, y le grita:
 ¿Qué llevas en esa mano?

Hombre, arrójalo. ¿No miras
 Que es un animal traidor?
 ¿Que una Serpiente es nociva?
 — "Es una vara. — "No es vara,
 Sino Culebra dañina.
 ¿Qué interés tengo en mentir?
 ¿Pretendes guardar tan rica
 Joya? — "¿Pues no? Si mi vara
 Estaba vieja, y la dicha
 Me proporciona otra nueva,
 ¿Tengo de arrojarla? ... Envidia
 Mueve tu lengua, y no más.
 En Perdió el anciano la vida
 Por su necio porfiar,
 Pues la Serpiente maldita,
 Con ponzoñosa picada,
 Le hirió, desentumecida
 Con el calor de la mano.
 Á tí mismo el cuento aplica.
 Quizá te sucederá

Mayor chasco todavía,
 —¿Qué mas podrá sucederme
 Que morir? — Muchas desdichas.
 Sucediéron, en efecto:
 Fué cierta la profecía
 Del Ermitaño prudente.
 Tramáronse mil intrigas
 Ocultamente en la corte
 Contra el Ministro: maquinan
 Mil asechanzas contra él,
 De modo que su justicia,
 Su mérito, su candor
 Y probidad conocida,
 Sospechosas al Monarca
 Se hicieron. — Contra él suscitan
 Gentes viles, que aseguran
 Estar por él oprimidas.
 Con sus rentas y sus bienes
 Que ha fabricado, publican
 Un magnífico palacio.

El Príncipe entró en codicia
 De averiguar las riquezas
 De su Ministro. — Se admira
 (Después de haber hecho exámen
 Con exáctitud prolija)
 De no hallar otros tesoros
 Que una honrada medianía,
 Imagen de la pobreza
 De su antecedente vida.

“Sus opulencias consisten
 En preciosas pedrerías,
 (Gritaban) que tiene ocultas
 En una arca (que no fia
 De ninguno) con tres llaves.”
 Abrió por su mano misma
 El arca, la qual burló
 Las imposturas malignas.
 Un Gabán, un Sombrerillo,
 Un Cayado, una Mochila
 Y una Gayta en sí encerraba.

¡Tesoros del alma mía!
 (Exclamó:) ¡Prendas, que nunca
 Os conciliásteis la envidia,
 Vuelvo á tomaros! — ¡Salgamos!
 De este Real palacio (rica
 Y encantadora morada),
 Como si en esta hora misma
 Despertásemos de un sueño!
 Perdonadme esta precisa
 Exclamacion, Rey invicto:
 Tuve por cierta mi caída
 Luego que me ví ensalzado
 Á vuestra amistad y estima:
 Se exáltó mi vanidad
 Viéndome en tal gerarquía:
 Mas ¡qué mortal á un granito
 De ambicion no dá cabida!
 Un Cayado, una mochila,
 Y una Gayta en si concierdan

FABULA XII.

LOS PEZES

Y EL PASTOR QUE TOCABA LA GAYTA.

Tiris (que solamente
 Por su Crisea hacía
 Resonar en las selvas
 Su gayta y atractivas
 Voces que daban alma
 Á los muertos) un dia
 Cantaba dulcemente
 A la plácida orilla
 De un arroyo, que daba
 Riego á unas praderías,
 De Zéfros suaves
 Habitación florida.
 Con la caña pescaba
 Crisea, y no cogía
 Pez ninguno, afanando
 Con inutil fatiga.

El Pastor, que á las fieras
 Con su voz sometía,
 Imaginó, por yerro,
 Poder á su querida
 Aproximar los peces; **T**
 Y así, con melodía
 Cantó: "Pueblo ligero, **R**
 Numerosas familias **Su**
 Que habitais este arroyo, **V**
 Dexad en su escondida **A**
 Gruta á vuestra *Nayade: **O**
 Otra mas peregrina **A**
 Hermosura os aguarda: **D**
 No temais que os oprima **R**
 La prision que os previene:
 Su crueldad exercita **H**
 Tan solo con los hombres;
 Pero vosotros vida, **C**
 Tendreis mas deliciosa. **P**

* Especie de Ninfa, que mora en las aguas, segun los Poetas.

La eda Un estanque os destina
 Un De transparentes aguas
 Ambos Puras y cristalinas;
 Vivian Y quando para algunos
 Juntos La suerte fuese esquiva,
 Ya Fallecer á las manos
 Para el De mi Crisea, es dicha.,
 Era Princ No hizo el mas leve efecto
 Su Cancion tan bien sentida:
 Las ave Permaneciéron sordos
 De Los Pezes, qual solían.

 Gustaba el Viendo Tirsis inutil
 Rival Su cantilena, tira
 Y La red, y rebosando
 Suceder De Pezes, á la orilla
 Deger La saca, y los ofrece
 El Lor A los pies de su linda
 De la Inocente Zagala.
 Que Vosotros, de la altiva
 El infel Raza humana Pastores,

Indignado el Monarca, dió la muerte
 Al Lorito. — Corriéron estas voces
 Hasta llegar á oídos de su padre,
 Quien clamó despechado, y se dió golpes
 Como fuera de sí, mas todo en vano,
 Porque su hijo en la barca de Aqueronte
 Estaba ya. — Por fin, el viejo Loro,
 Demente con la pena y furor, corre,
 Y al hijo de su Rey los ojos saca
 Por despucarse. — Luego en salvo pone
 Su persona sobre un gigante Pino,
 Desde el qual muchas gracias á los Dioses
 Daba, porque, despues de su venganza,
 Seguro le tenían. — Descubrióle
 El Rey su habitacion, y á verle vino,
 Y le dixo: "¿pues como? ¿Tú te escondes?
 Amigo? Da la vuelta á mi palacio.
 ¿De qué nos sirve el llanto y los rencores?
 Olvidémoslo todo. Yo me veo
 Precisado á decir (por más atroces

Que sean mis fatigas) que la culpa
 Tenemos ambos. Mi hijo obró conforme
 A aquel temperamento que la * Parca
 Le dió. Mas no es así: del fatal golpe
 Es autora la suerte, que en su libro
 Estampado tenía en dos renglones:
 "Que debía cegar en años tiernos
 Mi Príncipe, y morir por su desorden
 Tu caro hijo.," Aliviemos nuestras penas,
 Y vuélvete á la jaula.," Al Rey responde
 El Loro de esta suerte. "¿Por ventura
 Imagináis, señor, que soy tan torpe
 Que, despues de un ultrage semejante,
 Me he de entregar á vos, que sois un hombre
 Tan poderoso? Me alegáis la suerte:
 ¿Qué? ¿Pretendeis, acaso, con las voces
 De ese idioma profano alucinarme?
 Pero que sea quien ordene el orbe

* La qual, segun los Poetas, preside al nacimiento de los hombres, y determina sus inclinaciones durante la vida.

La Providencia, ó que el destino sea,
 En lo alto de este Pino, ó en un monte
 Fragoso, escrito está que finalice
 Mis días, libertado de prisiones,
 Y lejos del objeto doloroso
 Que debe renovar los rencores.

Yo sé que usan los Reyes la venganza,
 Porque vivís y os tratan como á Dioses.
 Al olvido quereis dar mis ofensas.

Lo creo así, señor. — Con todo, escoge
 Mi razon, por mejor, huir vuestra vista.

Idos, señor: serán quantas razones
 Alegueis con intento de llevarme
 Inútiles. Volveos á vuestra corte.

No hay remedio mas fuerte que la ausencia
 Para curar el odio y los amores.

Pero que sea quien ordene el orde son que de

Olvidad todo. Yo me voy.

FABULA XIII.

LA LEONA Y EL OSO.

A una madre Leona
 Quitó su cachorrillo
 Un Cazador. — La pobre
 Desgraciada á rugidos
 Atronaba las selvas
 Demandando á su hijo.

Ni el silencio nocturno,
 Ni otro ningun motivo
 Los lamentos templaba
 De la Reyna de riscos
 Y valles. — No podía
 Gozar sueño tranquilo
 Ninguno de los brutos
 De todo aquel distrito.

Por fin, un dia el Oso
 De esta suerte la dixo:
 “Comadre, una palabra

Solamente: ¿los hijos
 Que usted ha devorado
 En número infinito,
 No tenían ni padre
 Ni madre?., — “Sí, mi amigo.,
 — “Pues si es así, y ninguno,
 Por muerte de sus hijos,
 Nos ha roto los cascotes
 Con ayes y chillidos:
 Si tantas otras madres
 Han callado su pico,
 Usted ¿por qué no calla?.,
 — “; Yo callar: ; Ó, suplicio
 Cruelísimo! ; Yo tengo
 De callar sin mi hijo!
 ; Qué vejez tan funesta
 Me aguarda! ; Ay hijo mio!.,
 — “Diga usted, ¿quien la causa
 Esa pena?., — “El destino,
 Que me está aborreciendo.,”

En todo tiempo ha habido
 Multitud de personas,
 Que de este modo mismo
 Al destino acusáron.
 A vosotros dirijo,
 Humanos miserables,
 Este tal cuentecillo.
 No escuchó sino quejas,
 Y frívolos suspiros.
 Qualquiera que se juzgue
 Del hado perseguido,
 En semejante caso
 Contemple reflexivo
 Á * Hecuba, y á los Dioses
 Dará gracias rendido.

* Muger del Rey Priamo, que fué hecha esclava, despues de haber visto quitar la vida á su marido, y á la mayor parte de sus hijos.